

## Panegírico leído por el Dr. Joaquín Balaguer en el sepelio del Dr. Troncoso

Difícil tarea sería no sólo para mí, sino para cualquiera de los más doctos miembros de la Universidad de Santo Domingo o de la Academia de la Historia, hacerse eco de la enorme aflicción que embarga a la República por la muerte de este gran dominicano. La tierra que se abrirá dentro de poco para dar asilo a su corazón y para acoger amorosamente sus huesos, no ha recibido en sus entrañas, desde hace más de un siglo, es decir, desde que desaparecieron los últimos ejemplares de la rama de los grandes patriarcas de la Patria, los restos de otro prócer que reúna con la misma energía en su semblanza moral los rasgos característicos de los varones más selectos de las generaciones pasadas.

Lo que acaba de derribarse con él, abatido por el hachazo inexorable, es uno de esos robles cuyas raíces se confunden con los cimientos de nuestras casas y con las bases seculares de nuestras creencias y nuestras tradiciones. En cincuenta años de magisterio, en diez lustros de intervención incesante en la vida nacional, en medio siglo de cátedra y de civismo militante, asistió a muchos de los episodios más significativos de la vida dominicana.

### *Familiarizado con personajes*

Los hombres más ilustres y más disímiles de varias generaciones, desde Billini hasta Monseñor de Meriño, y desde Ramón Cáceres hasta Emiliano Tejera, le trataron de igual a igual, y hasta tal punto se confundió con la actividad anecdótica y pintoresca de esos personajes casi legendarios, que su figura, familiarizada con aquellos hombres y con aquellos tiempos tormentosos, se ofrecía con frecuencia a nuestros ojos envuelta en una especie de perspectiva histórica. El contacto con la realidad nacional durante esa media centuria, y el conocimiento íntimo con las figuras representativas de la larga época que abarcó en su fecunda existencia, nos daba a menudo la impresión de que había asistido a todo el proceso forma-

tivo de la nacionalidad, desde la fundación de la República hasta los días en que Pedro Santana y Buenaventura Báez se disputaban los despojos de la obra de Duarte y escarnecían el patriotismo y la virtud en esa blanca paloma del pecho ensangrentado.

### *Varón escogido*

La República pierde con don Manuel de Jesús Troncoso de la Concha a uno de sus varones escogidos. Su larga hoja de servicios como estadista y como magistrado, como servidor eminentísimo en las más diversas ramas de la administración pública, como consejero de acrisolada honradez y de imperturbable rectitud en los consejos de Gobierno, como hombre, en fin, maduro por la experiencia y avezado a los contrastes del mundo y a las sorpresas de la vida, hacía de él un colaborador precioso en los difíciles trances de las actividades oficiales. Ciudadano sin acrimonias políticas, sin odios gratuitos y sin ortodoxias sectarias, concibió la función pública como una magistratura y no como un botín expuesto a las rivalidades banderizas. De esa ecuanimidad casi marmórea, producto no superficial sino extraído de su propia filosofía de la vida, sacó la mente amplísima y el espíritu eminentemente contemporizante y conciliador que le permitió sostener su admirable equilibrio espiritual en medio de las tempestades que han conmovido, durante el último medio siglo, la historia dominicana. Oráculo de la República bajo las más opuestas situaciones políticas, nos deja a la hora de su muerte la lección perdurable de su exquisito respeto a la opinión ajena, de su don casi sobrehumano de simpatía ante las actitudes más contradictorias, de su gesto cordial para recoger, en la copa cambiante de la vida, el aroma de todas las ideas y la espuma de todos los desengaños.

### *Actitud siempre erguida*

Si es cierto que no actuó en la vida pública co-



mo un discípulo de Séneca, esclavo de una moral irreductible modelada en textos fortificantes, sí es innegable que nos deja de su larga actividad como servidor del Estado la impresión de un temperamento dúctil pero entero que supo traducir su espléndida vitalidad interior en actos de tolerancia y en actitudes siempre erguidas. El polvo de la calle y el grito angustioso de las multitudes que luchan por abrirse paso hacia el ideal, no llegaron hasta el balcón que mantuvo abierto sobre la plaza pública. Pero ¡ah, señores!, se puede ser, y se es muchas veces digno de las bendiciones de la patria, aunque no se tengan sueños heroicos y aunque no se lleven en el alma ansias imposibles ni anhelos irrealizables de reivindicaciones justicieras. A don Manuel de Jesús Troncoso de la Concha le basta, para comparecer lleno de gloria ante la posteridad, con haber afrontado, durante más de cincuenta años, las enemistades y malquerencias de la vida política, sin llenarse las manos de púas vengativas y sin perder en ningún momento el ejemplar sentido que tuvo de la convivencia humana.

#### *Dictámenes de su pluma*

Pero hagan otros la apología de su figura como político y como magistrado. Antes que con la toga de las leyes, bajo la cúpula del parlamento, y antes que en un sillón ministerial, cuando fluían graves dictámenes de su pluma y cuando en los consejos de gobierno su experiencia de varón experimentado resplandecía en el acero de su palabra sentenciosa, debemos evocarlos en las salas académicas que ilustró con su cátedra, en la más noble y en la más alta tal vez de sus actividades humanas: en la de profesor universitario, y en la de maestro por excelencia de varias generaciones. No fué don Manuel de Jesús Troncoso de la Concha el modelo del sabio abstraído en las esferas del conocimiento puro. Entre él y sus discípulos, por el contrario, hubo la comunión maravillosa que establece el poder hipnótico de la palabra entre el público y el hombre abundantemente dotado por la Providencia con la virtud taumatúrgica que parece privilegio de los que han nacido para dirigir o para evangelizar al mundo. El país no ha conocido charlista más fluente ni expositor más caudaloso. Su inagotable vena anecdótica, su profundo conocimiento de la historia, comparable sólo al que tuvo del corazón humano, y el don que poseyó en grado extraordinario para verter un poco de gracia sobre las cosas más triviales o sobre las más solemnes, contribuyeron a hacer de él un maestro excelentísimo en el arte de la narración, que es tal vez la más difícil de todas las manifestaciones del genio literario.

#### *Camino de la historia*

Asistir a una de sus charlas, en uno de aquellos días felices en que las largas vías del tiempo se poblaban de recuerdos encantadores bajo el influjo de su imaginación portentosa, era como recorrer hacia atrás, de mano de las Gracias, el camino de la historia. El rigor científico no entorpeció en la cátedra de Derecho Administrativo, materia que dominó con la gallardía de quien contribuyó a crearla en la República Dominicana, la inagotable fluencia de esa vena de expositor fácil e inspirado.

De ahí la unidad de su vida sin excesos y sin contrastes y la firmeza de sus creencias que parecen haberse nutrido con la sangre que circula desde hace siglos por las arterias de la raza. Como la lamparilla que arde ante el Santuario, y que simboliza en cada altar que se construye y en cada templo que se renueva la fe siempre igual de incontables generaciones, la conciencia de estos hidalgos de viejo cuño ha resistido todas las mudanzas y ha continuado inalterable en medio del torbellino de los tiempos, segura de su fortaleza mientras a su alrededor pasa la vida arrastrando en sus cambios y en sus giros el amor y la gloria de los hombres.

#### *Presenció transformaciones*

Don Manuel de Jesús Troncoso de la Concha presenció muchas transformaciones en las costumbres del país y en la psicología y en la mentalidad de sus conciudadanos. Esos cambios, que a menudo afectaron a muchos de los conceptos fundamentales en que descansó durante décadas enteras nuestra mentalidad colectiva, tales como el de la hombría y el decoro en materias tocantes a la conducta, no influyeron en sus hábitos ni en sus principios morales. Siguió perteneciendo espiritualmente a su época en días en que el dios del vino, el de la fuerza, el de la concupiscencia, el de la juventud, se adueñaban del campo y desterraban a los viejos ídolos para extender sobre todas las almas el imperio de la sensualidad pagana.

#### *El mejor tributo*

Ese es tal vez el mejor elogio que puede hacerse del hombre y el mejor tributo que se puede rendir al ciudadano. ¿Qué es, sino glorificar al prócer, y encumbrar al repúblico, y enaltecer al magistrado, decir que valió más por su carácter que por su sabiduría, y que



antes que por el brillo de su carrera y por los arreos consulares con que se engalanó su grandeza, merece ser recordado por la gallardía moral con que se mantuvo fiel a su doctrina y leal a su linaje? Todo puede desaparecer en el abismo que se acaba de abrir ante tu planta: tu gloria de legislador, el ruido que levantó tu pluma de letrado, la pompa que te acompañó en los días de triunfo, cuando fué ceñido a tu pecho el tricolor de la República, y cuando el aura popular te ungió en la frente con el crisma de los conquistadores de la vida: todo eso te puede ser arrebatado por la muerte, todo, menos la claridad inextinguible que resplandecerá desde hoy sobre tu memoria de caballero cristiano.

La Era de Trujillo, culminación apoteótica de la historia dominicana en que alcanzó el honor de ser investido con la primera dignidad del Estado, pierde con su muerte al más sabio y al más culto de sus colaboradores.

#### *Optimo estadista*

No hay duda de que en su devoción a esa espléndida realidad, superior a cuanto pudo soñar para la gloria de su patria mientras ocupó altos cargos públicos en las administraciones dirigidas por los caudillos de la montonera, influyó no sólo su admiración al óptimo estadista sino también el hecho de que nadie conoció tan íntimamente como él las miserias de una época en que la juventud no tenía otra solución que la de echarse el fusil al hombro para iluminar

trágicamente con los fogonazos de esa arma fratricida el campo de las discordias civiles.

#### *Fuerza inmarcesible*

La lección perdurable que se desprende de esa cátedra de civilidad, silenciada por la muerte, es la que encierra el ejemplo de su vida, consagrada casi totalmente al servicio de la República: ese es el código pulquerrimo en que podemos seguir educándonos en el conocimiento del derecho, que no muda ni muere porque se fortalece con el poder excelso de todas las virtudes y con la fuerza inmarcesible de todas las verdades.

Confortadora lección de humanidad, de civismo, de cultura, de rectitud, de buen vivir, de tolerancia, la que emana, señores, de esa frente caída que hoy coronamos con una rama de ciprés. Qué Dios, cuya infinita misericordia le concedió el privilegio de descender al sepulcro después de una larga existencia que no se ensombreció con un solo infortunio, permita ahora que los votos de contrición que formulamos sobre su tumba, y que el llanto que vertemos sobre sus manos, encadenadas junto al pecho en que el corazón ha cesado de latir, se truequen para todos nosotros en un juramento solemne de amar al país como él lo amó, de sentir la patria como él la sintió siempre, y de magnificarla día tras día en la fortaleza de sus hogares, en la excelsitud de su gloria, en el honor de sus hijos, y en la creciente virtud y en la eterna esperanza de sus generaciones futuras.

